

ALKONI, Ibrahim.
La piedra sangrante.
Traducción del árabe de Francisco M. Rodríguez Sierra.
Madrid: Editorial Verbum, 2024, 257 pp.

Ignacio Gutiérrez de Terán Gómez-Benita
Universidad Autónoma de Madrid

<https://dx.doi.org/10.5209/anaqe.102409>

El narrador libro Ibrahim Alkoni (Ghadamés, 1948) es sin duda uno de los grandes escritores árabes; sin embargo, a pesar de su extenso bagaje, iniciado con la colección de cuentos (*al-Ṣalāt jāriy niṭāq al-awqāt al-jamsa*, “El rezo al margen de sus cinco momentos”, 1974) se le ha traducido muy poco a nuestro idioma. Antes de este “La piedra sangrante” teníamos únicamente su fascinante “Oro en polvo” (*al-Tibr*), aparecido en 1999, junto con relatos cortos publicados de manera fragmentaria en revistas especializadas como *Banipal*. Cosecha hartó escasa para un autor prolífico que ha recibido numerosos galardones dentro y fuera del mundo árabe y cuyo nombre ha sido postulado en varias ocasiones al premio Nobel de literatura, con el respaldo de numerosos intelectuales y críticos literarios internacionales. Esta nueva traducción, además, llega con más de treinta años de retraso con respecto a su publicación en la lengua de origen. Un retardo que, por desgracia, se ha convertido en habitual en lo referente a la producción de numerosos escritores árabes e impide apreciar en su contexto la calidad de la singladura literaria y vital de muchos de ellos. Una auténtica lástima que el lector en español no tenga acceso a obras magnas como *al-Mayūs* (“Los magos”, dos partes, 1990 y 1991) o *Bayān fī lugat al-lāhūt* (“Manifiesto sobre la lengua de la teología”, cuatro volúmenes, 2001), una indagación muy personal sobre las lenguas primigenias del desierto líbico, en primer lugar, la de los tuaregs y los arcanos de su alfabeto tifinag, tan presente en sus escritos.

Por encima de las convenciones estilísticas, Alkoni ha conseguido en sus novelas consagrar un espacio geográfico y espiritual propio. Su nombre siempre irá asociado al desierto de la Hamada (“ramo rocoso de desierto, propio de la región sahariana” según la definición del diccionario de la RAE), así en mayúscula, una vez reconvertido por nuestro autor en un lugar con carta de naturaleza propia dentro de la literatura árabe contemporánea. Una especie de Macondo libro, habitado por individuos, animales y seres incorpóreos reales bajo la égida de una bóveda celeste repleta de misterios. Un espacio mucho más rico y contradictorio de lo que muchos podrían suponer basándose en lo que ven, huelen o escuchan cuando ponen los pies en aquel, a su entender, páramo inhóspito. Los asuntos y tramas abordados por Alkoni tienen un marcado acento místico, pero se hallan firmemente anclados a la identidad de unos protagonistas que, por lo general, se enfrentan en solitario a la fuerza ineluctable de seres nocivos e implacables que, también de manera ineluctable, terminan imponiendo un final trágico. Un desenlace brutal, sublimado las más de las veces por una muerte en forma de sacrificio o una desaparición inevitable.

No puede entenderse la narrativa de Alkoni sin parar mientes a la cultura de los tuaregs y su vasto piélago de tradiciones, historias y leyendas. Un cosmos feraz que ha contribuido a forjar una nueva realidad “espiritual” del Sáhara a partir de la sublimación de ese sitio “que es la sombra de un lugar; una casa con paredes de nada”, como él mismo definiera el desierto en una de sus ya infrecuentes apariciones. Gran conocedor de la cultura islámica, y europea —no en vano estudió en Moscú en la década de los setenta, trabajó como periodista en Varsovia en los ochenta y residió durante los noventa y principios del s. XX en Suiza, desde donde se desplazó a Salou, Tarragona, localidad donde sigue residiendo monacal y silenciosamente—, su obra abunda en alusiones al Corán, la Biblia, los grandes poetas y pensadores sufíes árabes o los historiadores, geógrafos y filósofos griegos. No es casualidad que la *Metamorfosis* de Ovidio ocupe un puesto relevante en la lista de citas introductorias de varias de sus novelas, en especial los párrafos en los que se alude a la conversión de Libia en una tierra árida, cuando “las ninfas lloraron con el cabello desmadejado por fuentes y lagos”. El lloro eterno por el “horror de la transformación” con el que se clausura la novela.

El Sáhara conforma un ámbito ceñido por conflictos en apariencia irreconciliables: las costumbres de los ancestros contra las innovaciones procedentes del exterior; la fe en las religiones monoteístas frente a los ritos e imprecaciones de los magos (“sacerdotes animistas”), representantes máximos de las creencias milenarias de los yermos; el mar de dunas en el Sáhara contrapuesto al oleaje del Mediterráneo, intuido aquí pero desarrollado lustros después en obras como *Nidā’ mā kāna ba’īdan* (“La invocación de lo lejano que fue”, 2006); el ansia de libertad de los moradores trashumantes de las llanuras y montañas pedregosas ante la pulsión centralizadora de los estados modernos que se han ido componiendo de forma inconexa sobre amplias franjas de un territorio inaprensible para la metrópolis. No por casualidad, Alkoni presenta entre sus apreciables ensayos históricos uno sobre las “Revoluciones en el gran Sáhara” (*Tawrāt fī al-Ṣaḥrā al-Kubrā*, 1974); y sus discursos, como el que tuvimos ocasión de presenciar

en la Feria del Libro de Shariqa, en cuya edición de 2023 se le agasajó como huésped de honor, suelen aludir a la condición dialéctica que se establece, en el Sáhara, entre lo espiritual y lo tangible, tan difícil, o tan fácil, según se vea, de dirimir. Su trayectoria vital y profesional tampoco se ha zafado del peso de las contradicciones. Reducido por algunos a una especie de sustento tácito del gobierno del coronel Muamar Gadafi (en el poder desde 1969 a 2011), al que representó en calidad de consejero en las embajadas libias de Moscú, Varsovia y Berna, convertido por otros en crítico del autoritarismo centralista de la *Yamahiriya* a través de sus relatos alegóricos, Alkoni se ha convertido en frondosa almaciga para todo tipo de elucubraciones sobre sus convicciones políticas y, para algunos, “peculiares” divagaciones filosóficas-suffies-escatológicas. Como el Sáhara mismo, en definitiva.

La “Piedra sangrante”, traducción muy afinada del árabe *Nazīf al-dam* —diez años después escribiría una especie de reverso en *Nazīf al-rūḥ*, “Espíritu sangrante”—, desarrolla la contraposición entre la pureza original, endógena, del Sáhara y la codicia de los forasteros —y los lugareños aliados con estos— que ansían despojarlo de sus tesoros. Abel versus Caín. Obsesionados, en primer lugar, con su fauna, sobre todo la menguante “reserva divina” de gacelas, muflones y arruís (si resta alguno) que cazadores desalmados depredan, con helicópteros de última gama y armas automáticas, rompiendo las normas elementales de supervivencia sahariana. Ansiosos de sus riquezas naturales —recuerdo sus referencias en varios textos a las salinas del sur de donde se extrae la *turuna*, utilizada para dar sabor al tabaco de mascar—, que tantos desmanes por parte de gobiernos, multinacionales y bandas armadas de cuño diverso están generando por las lindes del triángulo fronterizo entre Níger, Argelia y Libia, hábitat natural de tuaregs y otros pueblos nómadas. *La piedra sangrante* suponía un grito de aviso y dolor ante la depredación constante y furtiva de un paraje expuesto a la mayor de las amenazas: la avidez del ser humano. Para desgracia de Ibrahim, y nosotros mismos, la cosa ha ido a peor. El destino, funesto, otro leitmotiv de sus relatos, se antoja inexorable.

El estilo expresivo de Alkoni resulta sugerente, ora intuitivo, ora poéticamente lapidario —“el calor del desierto despierta hasta a los muertos”—; pero también comparece fecundo en paradojas —“nuestro desierto es santuario de todos los tesoros, incluidos los animales desaparecidos”—, con sus frases cortas entreveradas de susurros y ritos ancestrales, imprecaciones, jaculatorias y sortilegios mil veces repetidos —“El hijo de Adán sólo se sacia con la tierra”—. La escritura de este libro de aspecto frágil bajo su inefable gorra y jersey circunspecto de cuello alto mantiene su roce cautivador en la muy apreciable versión del traductor, Francisco Rodríguez Sierra. No resulta sencillo aprehender el hálito poético de la prosa de Alkoni, quien, según cuenta él mismo, no aprendió a redactar en árabe hasta bien entrada la adolescencia. Quizás por ello escriba de esta manera tan particular. El gran tuareg de los árabes han llegado a llamarlo.